

COMENTARIOS DEL MOMENTO

El ex-Presidente Wilson y su obra

TRAS Lenin, se va Wilson. Otros dos nombres que se asocian históricamente para siempre. Hasta la parálisis final de ambos acentúa su paralelismo. ¿Se les quebró el eje de la vida bajo el peso abrumador de la obra que quisieron llevar a término? ¿O fué un oscuro presentimiento del breve resto de sus días lo que encendió en ellos la fiebre de la utopía? Misterio psicológico, o patológico, bien difícil de desentrañar. Esta ley parece constante: casi todos los grandes creadores de historia, o mueren temprano o es brevísimo el período más intenso de su obra. Así Alejandro, así Julio César y Napoleón (los dos epilépticos, por cierto), así Cristo, así el propio Cronwell (diez años cortos de pleno dominio), así ahora Lenin y Wilson. El héroe histórico es casi siempre un personaje trágico: o le destruyen las circunstancias que él mismo crea o las crea porque le acucia una íntima y frenética impaciencia de vivir, después de haber oído alguna vez la voz secreta de la muerte. Poco se puede esperar de los países y períodos dominados por hombres longevos, de los que prefieren vivir cien años sin pena ni gloria a morir a los cuarenta con grandeza.

Wilson fué, como Lenin, un carácter mesiánico. Ambos buscaban, por diferentes caminos, la salvación de la Humanidad: el uno en el comunismo, el otro en la Sociedad de Naciones. Se ha dicho que la República norteamericana arrojó sus ejércitos en la balanza de la guerra europea sólo para salvar los millones que antes había comprometido en empréstitos. Ese pudo ser el móvil de la Wall Street, el corazón de la Banca yanqui; pero no fué el de Wilson ni el de la mayor parte de su pueblo. Su intervención obedecía a un concepto religioso del Derecho, a un sentimiento místico del principio de responsabilidad aplicado a las relaciones internacionales. Si Alemania había violado la regla jurídica de la paz sin razón justificada, todo el mundo tenía el deber de evitar que ese crimen se elevase a un derecho por el hecho consumado de la victoria. Los Estados Unidos cumplieron con ese deber; dieron el ejemplo más desinteresado; se anticiparon a la constitución de la Sociedad de Naciones, obrando como si ya existiera. Después de eso, no era posible negarle a Wilson la articulación del espíritu de solidaridad internacional que le había guiado en un estatuto que quiso añadir al Tratado de Versalles, lo

único grande y duradero de ese lamentable documento.

La Sociedad de Naciones fué Wilson, sólo Wilson. Ya se sabe que la idea no le pertenecía. La idea había rondado durante siglos por las cabezas de los pensadores. Pero en política no importa la originalidad de las ideas, sino la virtualidad de su realización. Wilson sacrificó su pueblo a la idea de la Sociedad de Naciones. Sin la intervención, su proyecto hubiera caído en el más estéril vacío. La intervención americana fué la primera piedra de esa débil fábrica internacional, todavía a medio construir y continuamente azotada por los vientos de todos los egoísmos nacionalistas. Se aceptaron sus planos y se echaron sus bases porque ese fué el precio moral de la entrada de los ejércitos norteamericanos en Europa; pero, a hurtadillas, sonreían Lloyd George, Clemenceau y todos los otros capitanes civiles de la guerra. Era un sueño, y no muy agradable, el que proponía el profesor presidente, más profesor, claro estaba, a juicio de los expertos y escépticos repartidores del botín de la victoria, que estadista, que hombre de realidades. Pero él sólo quería su quimera y abandonaba a los demás las realidades. Concedido.

Luego, pasada la guerra y su embriaguez mítica, le abandonó también su propio pueblo. Le censuraron su quijotismo y repudiaron su propia obra. Triunfaba, en definitiva, la Wall Street, que veía sus préstamos en peligro de condonación o rebaja si suscribía la Sociedad de Naciones. Además, había que tener libres las manos en toda América. Vino, en fin, tras el abandono de los hombres, el rompimiento de su vida física, la incapacidad de seguir combatiendo por su obra. Como Lenin. No es ciertamente envidiable la tragedia de esos dos hombres, que sobreviven con la conciencia a su propia naturaleza, impotentes para sostener la idea y la naciente encarnación que, en apariencia por lo menos, se derrumba a sus ojos. Pero sólo en apariencia, porque las únicas victorias durables que quedarán de la guerra europea serán la probable democratización de Rusia y la Sociedad de Naciones. Y como puente, enlazándolas, y consolidándolas, la exaltación del laborismo británico al Poder.

Wilson pasará a la Historia como uno de los grandes revolucionarios del Derecho de gentes. Quiso extender a la órbita internacional el principio de

limitación y responsabilidad. Todos soberanos; pero sin detrimento para la soberanía ajena. Todos los pueblos libres; pero sin daño para la libertad del vecino. Soberanía coordinada, libertad común, responsabilidad sin excepciones: estas son las grandes reglas de la democracia, que él soñó con dilatar al Derecho entre Estados. La Sociedad de Naciones es el comienzo de una democracia internacional. El principio revolucionario de limitación y responsabilidad, que en política interna lo inicia Inglaterra en sus luchas entre el Parlamento y la realeza, y lo secunda Francia, alcanza con Wilson su punto culminante en política exterior, de Estado a Estado. Y dentro de cada país, ese mismo principio trasciende de la simple gobernación pública e invade el reino de la economía privada. Así surgen una nueva legislación y unas nuevas costumbres sociales que recusan la libertad absoluta del individuo y le imponen cada vez mayores limitaciones y responsabilidades para que su interés particular concuerde con el colectivo. Ese es también, en sustancia, el último principio jurídico del socialismo, aunque se divague sobre sus formas posibles y arrastre a realizaciones imposibles, como en Rusia. Pero tanto a Lenin como a Wilson, les movía este sentimiento profundo de que nada ni nadie, individuo o Estado, entidad privada o pública, en Derecho como en Economía, dentro o fuera de las propias fronteras, deben ser ilimitados e irresponsables.

Pasan las sombras en los hombres y queda el surco de sus obras. Los ideadores de utopía son los arquitectos del porvenir. La Historia es una utopía que se va realizando de continuo. Y sus personificaciones, execradas unas veces, reídas otras, como en el caso de Wilson, son los héroes históricos que reverencia la posteridad. Empecemos por ser posteridad nosotros mismos.

LUIS ARAQUISTAIN

(El Sol, Madrid).

